

¿Tiene Colombia cultura? Una radiografía de su imagen dentro y fuera del país

Michael Palencia-Roth
University of Illinois

I

En enero de 1998, el gobernador del Departamento del Valle Cauca, Gustavo Álvarez Gardeazábal, me invitó —a través del profesor Álvaro Félix Bolaños— a participar en una mesa redonda sobre la literatura y los derechos humanos en Colombia. Los coordinadores del evento se interesaron ante todo en un análisis sobre la imagen de Colombia dentro y fuera del país en los medios de comunicación. Me comprometí a estudiar el tema.

“La ciencia”, pregonaba Melquíades en *Cien años de soledad*, “ha eliminado las distancias. Dentro de poco el hombre podrá ver lo que ocurre en cualquier lugar de la tierra, sin moverse de su casa”. Palabras proféticas del gitano, y no sólo el invento de la televisión sino también por la presencia y la utilidad de la Internet. Llevo varios años leyendo tres de los periódicos de Colombia (*El Tiempo*, *El Espectador*, *El País*) en la Internet. Este ejercicio de una hora en las mañanas me ha deprimido con frecuencia pero a la vez me ha permitido sentirme en contacto constante con mi país. Así que, cuando surgió como el tema preferido el de la imagen de Colombia, vi la oportunidad de reflexionar sobre algo que me había interesado indagar por mucho tiempo. En Colombia se habla con frecuencia de la mala prensa en el exterior y se le acusa de exagerar lo malo y de ocultar lo bueno.

Durante años he venido escuchando lo siguiente: la imagen de Colombia es peor fuera que dentro del país, es exagerada en cuanto a lo negativo y, además, es peor a lo que somos en la realidad. ¿Son verdad estas opiniones? ¿Son comprobables? ¿Cuál es la relación entre tales opiniones y “la realidad de la imagen”? Aunque es a veces casi imposible saber cuál es la realidad histórica de un evento o de una situación, me parece que sería interesante comparar y analizar, con cierto rigor de método, los discursos que pretenden retratar o comentar lo mismo. Algo aprenderemos de un estudio de esos discursos.

Definamos cómo utilizamos tres palabras importantes para el análisis: cultura, discurso, y radiografía. Íntima es la relación entre las palabras “cultura” y “discurso”. “Cultura”, para mí, tiene dos acepciones. La una es la tradicional. La cultura de un país es su arte, su música, su literatura, su pensamiento. La otra acepción es más amplia y viene de la teoría literaria: la “cultura” de un país se compone por —sintetizándolos— los “discursos” del país, sus formas de expresión social, no sólo en la tradicional “cultura” o en la estética, sino también en su política, en sus formas de vida, en sus realidades sociales siempre y cuando éstas tengan expresión. “Radiografía” es una fotografía por medios de rayos X de una parte del cuerpo en un momento dado. ¿Tiene Colombia cultura? Las páginas que siguen forman parte de una respuesta a esta pregunta “en un momento dado”¹.

¹ En la ponencia que dicté en Cali le pedí al distinguido público perdón de antemano por el “memorial de agravios”, como le hubiera llamado Jorge Tadeo Lozano, que me veía obligado a presentar. No podía eludir la responsabilidad de presentar —y de analizar— los hechos descritos en los medios de comunicación. También le pedí al público no confundir el mensaje con el mensajero. En la discusión que se produjo después de la ponencia, el público se olvidó de mis peticiones y algunos me criticaron personalmente, como si fuera yo el responsable de la imagen de Colombia dentro y fuera del país, o como si estuviera yo inventando lo que pasó en Colombia y lo que se decía de nuestra tierra en el exterior.

II

Durante un mes largo estudié día tras día las principales noticias de *El País* de Cali², comparándolas con las noticias en otros medios de comunicación fuera del país: con aquéllas transmitidas a *CNN interactivo* (edición periodística de Internet) por la Agencia Reuters, con los noticiarios en las grandes empresas de televisión en los EE. UU., la ABC, CBS, NBC, y CNN, y con *El País* de Madrid. Decidí concentrarme en los días entre el 4 de abril y el 9 de mayo de 1998, con vistazos de vez en cuando a fechas anteriores y posteriores a éstas. El hecho de concentrarme en estas semanas no tiene motivo ideológico, y no responde a la intención de comprobar una u otra tesis. Estas semanas fueron las únicas disponibles para mí, ya que estaba en casa todos estos días y podía dedicar varias horas diarias a la investigación (estaba de viaje antes y después de las fechas límite del proyecto).

Para obtener unas estadísticas bastante objetivas, decidí analizar todos los días dos secciones principales de la edición Internet de *El País* de Cali: "la primera página" y la sección de "opinión". Una vez a la semana saqué unas estadísticas a base de la lectura de la sección "Nacional".

¿Qué pasó en Colombia y en Cali, según *El País* de Cali, entre el 4 de abril y el 9 de mayo de 1998? Resumamos. Probablemente la figura más mencionada es la del gobernador, Gustavo Álvarez Gardeazábal. El 5 de abril se publica un asesoramiento de los primeros cien días del gobernador. El 17 de abril se dice que viajará a España para pedirle personalmente al Rey Juan Carlos que intervenga por la paz en Colombia. Sabemos, de un artículo del 21 de abril, que el gobernador ha conversado largamente en dos ocasiones con Carlos Castaño, jefe de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC). Unos días más tarde leemos que el gobernador, estando en esos días en España, le dice al público español que la paz de Colombia se cuece en España. El 7 de mayo, el periódico da los resultados de una encuesta a los caleños sobre el supuesto descuido del gobernador por los asuntos del departamento³. El 9 de mayo se comenta ciertas dificultades entre el gobernador y el actual rector de la Universidad del Valle, Carlos Dulcey. Y en casi toda otra edición del periódico aparece el gobernador de una manera u otra. Llega a ser él casi una obsesión de los vallecaucanos.

En medio de todo este interés por Álvarez Gardeazábal se habla repetidas veces sobre la inseguridad. Hay una mirada retrospectiva al *caleñazo*, es decir, hacia lo que pasó en Cali durante el *bogotazo* como respuesta al asesinato de Gaitán, y una mirada también a las consecuencias del *caleñazo* para Cali y la patria. La perspectiva histórica sobre la violencia se complementa con artículos sobre eventos contemporáneos. Se habla de la inseguridad en la carretera al Mar o en la carretera Cali-Popayán. Se menciona que a Cali llegan diez familias al día, huyendo de la violencia y el peligro de sus pueblos. Se habla de la guerrilla, de las FARC, de la ELN, de los asesinatos de los defensores de los derechos humanos, en particular Eduardo Umaña. Se describe una jornada de terror en Cali en la cual hay varios asesinatos. Como contrapeso —algo surrealista en su efecto— se anuncia la invitación pública del Alcalde Ricardo Cobo al nuevo embajador de los EE. UU. en Colombia, para que visite a Cali y pueda ver lo pacífica que es la ciudad. Se publican varios artículos sobre drogas y el narcotráfico, sea uno sobre el peligro que corren las mulas al trasladar en su persona drogas de Colombia a los EE. UU., sea un artículo sobre los 1.110 presos colombianos en *España* por narcotráfico. Se habla de la vietnamización de Colombia, concepto ya utilizado el 21 de marzo de 1998 por *The Times* de Londres y que viene a causar un alboroto en Colombia; al fin el historiador inglés Malcolm Deas denomina todo este discurso "un disparate" por su inexactitud. Se habla sobre la crisis financiera en el departamento del Valle. Hay algunos artículos sobre el Festival de Teatro en Bogotá, y más tarde otros sobre la Feria del Libro. También leemos que en Buga, el día del idioma se celebra con una lectura pública de *Cien años de soledad*. También en Buga, se anuncia el 14° encuentro de danzas folclóricas. Nos enteramos de la muerte de Octavio Paz y leemos varios artículos al respecto. Y, al iniciarse el mes de mayo chocan el ejército y la alcaldía por el "Plan Desarme".

Con este resumen de lo acontecido como base, pasemos a las cifras, a un comentario, con estadísticas, sobre el contenido de *El País* de Cali durante cinco semanas o 36 días seguidos. Dividí la temática de "La primera página" y la sección "Opinión" en las siguientes categorías: 1) la inseguridad; 2) la política; 3) las artes; 4) el deporte y las trivialidades; 5) todo lo demás.

2 ¿Por qué seleccioné *El País* de Cali en vez de *El Espectador* o *El Tiempo*? Porque, por una parte, un análisis de *El País* de Cali había de interesarle más a los caleños, ya que Cali fue el lugar del encuentro sobre "Literatura y Derechos Humanos" en junio de 1998. Y, por otra, pude comprobar que, para el análisis que quería hacer, no había una gran diferencia en las estadísticas entre *El País* de Cali y *El Tiempo*.

3 Es evidente que el público considera que la perspectiva del gobernador es demasiado nacional e internacional. Se prefiere una atención más regional.

En la sección “La primera página” el 35% de los artículos se escribieron sobre la inseguridad; el 8% sobre la política; el 14% sobre las artes; el 14% sobre el deporte y las trivialidades (como el uso de las minifaldas por las secretarías); el 29% sobre otras cosas (como la economía y accidentes de tránsito).

De la sección “Opinión” las cifras son las siguientes: el 32% de los artículos hablan de la inseguridad, el 24% de la política, el 14% de las artes, el 30% de otras cosas como la economía nacional y los problemas en la Universidad del Valle. Más deprimente es la sección “Nacional”, revisada una vez a la semana. Aquí: el 90% de los artículos sobre la inseguridad y los demás sobre otras cosas como la política. En resumen, hablando del contenido de los artículos en todas las categorías, podría decirse que el 64% de las noticias en las secciones “Primera Página” y “Opinión” son de cosas deprimentes. En la sección “Nacional”: más del 90%.

Así el autorretrato de Colombia por colombianos. Pasemos ahora a una comparación más internacional, ésta a través de la Agencia Reuters, que transmite las noticias de toda Sudamérica a el *CNN* interactivo (la edición Internet) y a otros periódicos y medios de comunicación. La comparación se hizo entre un país sudamericano lejos de Colombia (Argentina), un país vecino (Venezuela), y Colombia. Y se nota las siguientes cifras: *En Argentina*, durante el mismo mes largo del 4 de abril al 9 de mayo, vemos lo siguiente: el 12% de los artículos comentan la inseguridad y la guerra sucia; el 19%, la economía; el 7%, la política, el 31%, la captura de unos viejos nazis; el 19%, otras cosas como unas inundaciones fuertes al sur del país. *En Venezuela*, durante el mismo mes largo, vemos: el 54%, la economía, en especial la economía petrolera; el 21%, la política, en especial la candidatura a la presidencia de una reina de belleza; el 12%, la inseguridad y la corrupción; el 13%, un accidente de tránsito (un bus que se estrella). *En Colombia*: 67%, la inseguridad; 13%, un accidente aéreo en las afueras de Bogotá; el 9%, la economía y el petróleo; el 4%, la política; el 7%, otras cosas como un terremoto o la autocrucifixión de unos trabajadores en Cartago y el Festival de Teatro en Bogotá.

Según la Agencia Reuters, la imagen de Colombia es de un país violento, por lo menos cinco veces más violento que Venezuela y Argentina. En cuanto a la cultura en Co-

lombia, ésta –también según la Agencia Reuters– se encuentra asediada. El 13 de abril se comenta sobre el Festival de Teatro en Bogotá, un evento de importancia internacional con participación de grupos teatrales de cuarenta países. El reportaje describe el festival como un triunfo sobre la violencia. Y el artículo es respetuoso, hasta reverencial; su autor se asombra del coraje del pueblo colombiano en unas circunstancias supremamente difíciles.

Pasemos ahora a las grandes empresas de televisión en los EE. UU.: ABC, CBS, NBC, CNN. Aquí, gracias al archivo de noticieros diarios que se encuentra en la Universidad de Vanderbilt, pude revisar cuatro meses enteros, desde el 1 de enero al 1 de mayo del año en curso. Durante estos cuatro meses no hubo una sola noticia sobre la cultura en Colombia. Se promulgaron 14 reportajes sobre nuestra patria *en total*. De éstos, 4 sobre el accidente aéreo en Bogotá el 20 de abril; 4 sobre los cuatro norteamericanos secuestrados por la guerrilla; 3 sobre el narcotráfico; 2 sobre la violencia en Colombia; 1 sobre los efectos de *El Niño*. Así que, según los telenoticieros norteamericanos, en Colombia sólo se ven accidentes aéreos, secuestros, el narcotráfico, la violencia, y uno que otro fenómeno natural. En el sentido tradicional de la palabra, Colombia, según estos medios de comunicación, no tuvo cultura entre el 1 de enero y el 1 de mayo de 1998.

Uno puede preguntarse si la imagen negativa de Colombia es algo principalmente norteamericano. Pero no. También me leí *El País* de Madrid durante todo este tiempo. Aunque en España hay más conciencia de que Colombia tiene cultura –pues García Márquez, por ejemplo, es casi un dios en España– la imagen es casi igual de negativa. Un análisis cuantitativo de una sola semana en *El País* de Madrid (escogí los días entre el 14 y el 21 de mayo)⁴ da los siguientes resultados: En esta semana Colombia aparece en 17 artículos, y 15 de ellos son comentarios directos –y la mayoría exclusivos– a la inseguridad en Colombia. Un artículo habla de la Feria del Libro como contraste a la tragedia diaria de la violencia. Otro artículo comenta la película, *La vendedora de rosas*, de Víctor Gaviria, alabándola por el retrato tan fiel de la miseria en la cual viven los gamines de Medellín. Así que, hasta en palabras positivas sobre Colombia existe y se nota la tragedia bajo la cual sufre el País. Es el aire que respiramos. Es el subtexto de todo lo escrito.

4 Las cifras las saqué de esta semana y no de una semana entre el 4 de abril y el 9 de mayo simplemente porque al iniciar mi investigación no tenía la intención de utilizar *El País* de Madrid como parte del análisis. Me leía ese periódico (como me lo leo todas las semanas) para informarme del contexto europeo de la imagen sobre Colombia. Saqué estas cifras de *El País* para constatar si la imagen de Colombia en los EE. UU. era una cosa aislada o no.

Las palabras de Rosa Montero en su artículo en *El País* de Madrid sobre la Feria del Libro, publicado el 19 de mayo, capturan las ambivalencias de nuestra situación actual. "Mire a toda esa gente, me decía con pasión Germán Castro, el notable escritor, en la Feria del Libro en Bogotá. Mira el recinto ferial, lleno a rebosar: las familias, el ambiente festivo. Para que luego digan que Bogotá es sólo violencia". Tiene razón: Colombia es una explosión de vida y de energía. Pero también son 30.000 muertos al año: de la guerrilla, de los paramilitares, del narcotráfico, de la delincuencia común. Tanta promesa y tanto dolor juntos estremecen". Notable aquí no sólo la elocuencia de la escritora española, sino también la necesidad, como si fuera una obligación moral, de poner todo evento en Colombia dentro del marco de la violencia, sea como ejemplo, sea como contraejemplo. Como se diría, utilizando el vocabulario de la hermenéutica, la violencia estructura nuestro entendimiento; no podemos ver, no podemos interpretar, sino a través de la violencia de una manera u otra.

Pasemos ahora a la cultura en el otro sentido de la palabra, es decir, como *discurso* en las formas sociales de nuestro país, dicho discurso visto por medio de un examen de los mismos números de *El País* de Cali (4 de abril a 9 de mayo) que componen la materia principal de nuestro trabajo. Son cuatro los discursos que he identificado: el que utiliza la retórica de la religión; el que utiliza la retórica de la psicología; el que utiliza la retórica de la guerra; y aquel discurso que va por encima de todos los demás, el de la retórica de la crisis.

El discurso de la religión consiste en la descripción del sufrimiento del pueblo colombiano, en particular los caleños, en términos religiosos. Antes de los números estudiados en este trabajo hay apelaciones al Papa (6 de febrero de 1998; 6 de marzo de 1998) y a Gabo (6 de marzo de 1998), pidiéndoles la intervención milagrosa en la violencia. Estos dos —el Sumo Pontífice y nuestro Sumo Talento— se identifican *retóricamente* como intermediarios sagrados. Intermediario secular es el Rey Juan Carlos de España, a quien Gustavo Álvarez Gardeazábal le lleva, a mediados de abril, personalmente la petición para que intervenga en nuestra situación. Súplicas tales son signos de desesperación, basados todos en la conciencia de que Colombia es pueblo en aflicción. Esta aflicción se describe en varios artículos, pero el de más pertinencia a nuestro trabajo es un artículo sin firma (por lo menos en la edición Internet) del 9 de abril. Se titula "Catorce problemas o catorce pasos del Calvario" y lleva como subtítulo la siguiente frase: "Los caleños viven su propio

calvario". Entre los catorce pasos del calvario, los más importantes son la inseguridad, la contaminación y el desempleo. De menos importancia son los impuestos y sobretasas, la educación y la salud. También la mala imagen de Cali. Pero el hecho de que se ponga a la cabeza de los catorce pasos, como si fuera el más importante, la categoría de "los trancones," es muestra de la exageración retórica de nuestra situación. Por muy molestos que sean los trancones, éstos tienen poca relación con el calvario. Poder de la metáfora, pues, y muestra a la vez de cuán negativo es el ambiente de Cali en el momento. Por último, en este párrafo sobre la retórica de la religión, podemos señalar la rabia con la cual se le acusa a los EE.UU. de haber satanizado la ciudad de Cali (19 de abril de 1998). En ediciones posteriores, otros indican, sin embargo, que nosotros somos los responsables de nuestra imagen, no los de afuera.

La retórica de la psicología diagnostica el mal de Colombia —y de Cali— como una enfermedad mental. Esto lo hace efectivamente María Elvira Bonilla, en un artículo publicado el 30 de abril. Dice lo siguiente: "Un país cuyo 80% de la población presenta síntomas de depresión y desesperanza es de hecho alarmante. Más cuando éstas van acompañadas de factores reales. Una lista que todos conocemos, pero cuyo eje central son la violencia y la corrupción. Fuerzas destructoras en lo individual y colectivo que harían inviable cualquier sociedad". Se sabe que una depresión mental, cuando es fuerte, conduce a la indecisión, la parálisis, y a sentimientos de apatía, de abulia —síntomas en muchos colombianos, en la colectividad, por mucho tiempo. Sin embargo, María Elvira Bonilla no se rinde y pone énfasis en que en algunos lugares se está combatiendo la corrupción y la desesperación, en que algunos ciudadanos valientes (ella menciona a Oscar Steremberg, pero hay otros) han puesto en evidencia entronques abusivos.

El discurso de la guerra es tan obvio y tan omnipresente que no hay sino que mencionar algunos ejemplos. La policía se encuentra en un *combate* con la *guerrilla*. Colombia se *vietnamiza*. De una sublevación como el bogotazo llegamos al caleñazo. Hay "aniversarios" de violencia, "espirales" de violencia, jornadas de terror, de asesinatos. Hay víctimas, desplazamientos, refugiados. Hay convenciones de paz, llamados a la paz. Hay por fin —y esto lo dice Gustavo Álvarez Gardeazábal— un "estado de guerra que nadie admite existir". Negar la realidad de tal manera permite que continúe lo de siempre. Éste es el peligro de la situación actual. Si no me equivoco,

existe ahora un reconocimiento general de la situación en la cual vivimos, un reconocimiento de nuestra "crisis" en el sentido correcto de la palabra.

Hace varios años asistí a una mesa redonda en Bogotá sobre "La crisis en Colombia". Después de que terminaron todos los ponentes, y durante la discusión, yo comenté que cada año que vuelvo a Colombia me encuentro con los mismos comentarios y el mismo discurso, cualquiera que sea la realidad, y que, por lo tanto, lo que veía en aquella mesa redonda no era una crisis actual, ni la respuesta a una crisis, sino más bien una retórica de crisis. La palabra crisis viene del griego *krisis* y de su verbo *krinein*. Quiere decir, como sustantivo y como verbo, tomar la decisión. En diccionarios, como por ejemplo el *Diccionario de la Real Academia Española*, "crisis" es, por lo general, el momento de la decisión en el transcurso de una enfermedad. En aquella mesa redonda yo no veía el momento de decisión; es decir, todos hablaban, pero no hubo toma de decisión. Ahora veo más una crisis actual y generalizada en el país y veo un reconocimiento de la necesidad de una toma de decisión. Los candidatos a la Presidencia reconocen esto. La elección que se lleva cabo en estas semanas se considera, efectivamente, una toma de decisión por parte del pueblo colombiano⁵.

III

A modo de conclusión: Ahora se puede llegar a unas respuestas, aunque tentativas, a las preguntas hechas al principio de este trabajo. Pero tenemos que tener en cuenta que estas respuestas son contestaciones "radiográficas" sobre la situación en el país en este momento dado. En seis meses, en un año, la situación puede ser otra y, desde luego, la imagen otra también.

Primero: La intuición mía (y la de muchas otras personas, por supuesto) de que la imagen de Colombia es peor en el exterior que en el interior es una intuición errónea. La imagen es peor *dentro* del país, lo cual se entiende, porque aquí están los que sufren, y el sufrimiento es horroroso. Como hay libertad de prensa, mucho se sabe. Claro está: no todo.

Segundo: La imagen de Colombia en el exterior no es exagerada en cuanto a lo negativo. Se dejan algunas cosas por fuera, eso sí, pero el discurso en el exterior sobre lo que está pasando en Colombia es bastante ob-

jetivo. El discurso "subjetivo" y "emocional" se encuentra más bien dentro del país, lo cual, para repetir, se entiende, porque aquí están los que sufren. Aunque sea "objetivo" el discurso en los medios de comunicación internacionales, esto no implica necesariamente que sea verdadero. Hace unas semanas se estableció que una película documental y supuestamente verídica sobre el narcotráfico en Colombia, que había circulado durante dos años por los canales de televisión de Europa, era falsa. Aunque la situación sobre la cual los directores basaron su película era verídica (es decir, sí existía y existe un negocio de transporte de drogas por medio de "mulas" entre Colombia y otros países del mundo), los directores se inventaron los personajes, los escenarios y el diálogo. Ahora bien: deplorable que ellos hayan hecho esto. Pero también debe admitirse que la razón por la cual no se cuestionó la película documental por tanto tiempo es porque su contenido correspondía a una imagen de Colombia considerada como verídica.

Tercero: Aunque a veces parece que el resto del mundo no sabe distinguir entre un país hispanoamericano y otro, Colombia sufre en comparación con lo que se dice de otros países hispanoamericanos. Y sufre, no por la satanización de los gringos, de los franceses, o de los españoles. Sufre porque la situación en nuestro país es peor que la que se encuentra en otros países hispanoamericanos.

Cuarto: La imagen de Colombia dentro del país es pésima, pero esta imagen se basa en una realidad igual de pésima y entendida como tal por casi todo colombiano. La situación conduce a un pesimismo casi inacabable. Un país en el cual el 40% o más del terreno está bajo el control de fuerzas subversivas es un país en condiciones sumamente difíciles, para no decir escandalosas. A mí me han preguntado más de una vez cómo podemos cambiar la imagen de Colombia. Pero no es la imagen la causa de nuestra situación, sino al revés. Nuestra situación es la causa de la imagen. Cambiemos la realidad de Colombia y poco a poco cambiaremos la imagen, cambiaremos el discurso, cambiaremos, en fin, la cultura.

Quinto: La imagen de Colombia sí se puede mejorar —como imagen— de dos maneras en los medios de comunicación, especialmente en los periódicos: (1) cambiar un poco el lugar en la página o en la sección en que se publican las historias negativas; (2) ampliar la presenta-

5 Ambos candidatos —Horacio Serpa y Andrés Pastrana— prometieron "el cambio" en relación a la administración del Presidente Samper. Serpa se vio claramente por el pueblo colombiano como una continuación del gobierno de Samper. La victoria de Pastrana fue no sólo inesperada (según la encuesta hecha poco antes de la elección), sino que se interpretó en todas partes como una ruptura con el pasado. Así lo vio y declaró el mismo Pastrana.

ción de “la cultura” o “las artes” en los periódicos. La primera página de la edición Internet de los periódicos nacionales es como una radiografía ideológica de la realidad del país. El hecho de enfatizar día tras día, por medio de su puesto en la primera página o por identificarse como la historia más importante, el último horror de la patria, poco ayuda a sosegar el alma nacional. Contribuye más bien a la desesperación. Como contrapeso a esta saturación de lo negativo se puede buscar un mejor balance entre noticias malas y buenas. No es cuestión de falsificar la imagen; es cuestión más bien de dar más espacio a otros aspectos de nuestra realidad. En Colombia siempre ha habido cierta violencia pero el país no ha sido siempre definido por la violencia. Esto lo reconoce, por ejemplo, Gustavo Ospina, el responsable de la sección “El país hace 30 años” en la cual aparece la “primera página” de *El País*, tal como se hubiera publicado entonces. No se publica la actual primera página de aquel día treinta años atrás, sino más bien una recreación del contenido del periódico entero, diagramado en una página de ocho columnas tal como se había hecho antes. Comenta Ospina: “[Muchas cosas] no han cambiado [en los últimos 30 años]: los mismos problemas de inseguridad y de guerrilla. Es más, tenemos los mismos guerrilleros de hace 30 años, siguen las masacres, las muertes de soldados, los atentados dinamiteros, la corrupción, Fidel Castro sigue siendo noticia, el PRI dominaba en México y el Peronismo en Argentina. Seguimos hablando de las mismas películas, *El ciudadano Kane* o *Lo que el viento se llevó*. La misma cárcel de Villanueva, hoy Villahermosa, tiene los mismos problemas de hacinamiento y de falta de guardianes” (*El País* de Cali, edición Internet, 10 de julio de 1998). Sin embargo, aquella página de “El país hace 30 años” contiene menos violencia, menos desesperación, que casi cualquier primera página del periódico de hoy.

Siempre me ha sorprendido el hecho de que *El País* no tenga una sección cultural. Con frecuencia, las noticias culturales se encuentran en “Gentes y Eventos”, con las noticias de bodas, de muertes, y de viajes de las familias importantes de Cali. No sería difícil sacar una sección cultural con lo que ya se está publicando en el periódico. Es cuestión principalmente de identificar columnas (como las de Carlos Jiménez, por ejemplo), eventos, publicaciones, reseñas de libros, de obras teatrales o de cine, etc., como “culturales” y de agruparlas en un solo lugar. Y tampoco creo que sería difícil dar espacio de vez en cuando en una sección “cultu-

ral” a los que han trabajado por el fomento de la cultura en Cali, por ejemplo Germán Patiño, Omar Ortiz Forrero, Eduardo Calle o Amparo Sinisterra de Carvajal.

Eventos como un congreso sobre literatura y derechos humanos en Colombia, patrocinado por un gobernador que conoce íntimamente lo difícil que es el escribir en circunstancias de violencia, da esperanza para el futuro. Sin embargo, la violencia ha marcado —ha cicatrizado— varias generaciones de escritores, inclusive escritores tan importantes para la cultura vallecaucana como Gustavo Álvarez Gardeazábal y Fernando Cruz Kronfly. Este último, por ejemplo, acaba de publicar una impresionante novela, *El embarcadero de los incurables*. Esta novela es una poetización de la desesperanza frente a la soledad y la muerte en un espacio urbano en el cual vivimos al fin del siglo xx. Aunque sea poetizado, el mundo de Cruz Kronfly no es un mundo inventado. Pues no hay colombiano que no haya sentido desesperanza por la situación en el país. No hay colombiano que no haya visto la muerte desde cerca. Y no hay colombiano que no haya sido víctima de la violencia o del narcotráfico en alguna forma.

Dado todo este análisis, las palabras de un escritor colombiano pronunciadas en la Feria del Libro en Bogotá en abril han de tener gran resonancia para el lector. Dice Juan Carlos Moyano que la palabra violencia debe escribirse con “b” de burro, porque la *biolencia* se ha convertido para colombianos en un fenómeno biológico. Es parte, dice él, de nuestro ser, de nuestra genética. Pero por seductora que sea la idea de la violencia como cosa de los genes (¿dejaríamos, por consecuencia, de ser responsables de nuestra situación?), no hay que dejarse llevar por el poder de la metáfora. La historia y la biología son dos cosas distintas. La violencia contemporánea en Colombia no es cuestión de biología sino de historia. Y, como historia, tiene sus raíces en el *bogotazo* en este siglo, en las guerras civiles del siglo xix, y en la violencia de la conquista en el siglo xvi. Aunque el pasado ejerce siempre una gran influencia en el presente, la tarea que nos espera a todos los colombianos es la de cambiar nuestro presente, de empezar una nueva tradición de paz y de cultura.

Cali, 3 de junio de 1998.

Revisado en septiembre de 1998.